



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

PRESENTACIÓN Y NOTAS

de

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

SEMBLANZA DE MARIANO TORRENTE

Antes de analizar la obra ocupémonos brevemente de conocer a su autor. En Barbastro, provincia de Huesca, plácida población del reino aragonés, nació Mariano Torrente el 12 de octubre de 1792. Ahí pasó sus primeros años a la vera del río Vero que la cruza. Sede episcopal creada por Felipe II para zanjar las dificultades entre las antiguas mitras de Jaca y Huesca dependientes de Zaragoza, Barbastro fue también la cuna de Bartolomé y Lupercio Leonardo de Argensola. Tradición aragonesa es su perpetua lucha por defender los derechos del hombre. El amparo aragonés figura como antecedente del derecho de amparo mexicano, y el amor a la libertad de Aragón se mostró al ser Barbastro una de las primeras ciudades que reclamó sus libertades. Ahí también, mucho tiempo después, Mina, el tío de nuestro insurgente, lucharía contra los invasores franceses.

Torrente crece en un periodo de cambios radicales que conmueven al mundo. La Independencia de las colonias inglesas en América del Norte que prelude el derrumbe de los imperios coloniales y la Revolución Francesa que destroza el viejo sistema monárquico, no

sólo el francés, sino también otros europeos, rompen la quietud en que se había vivido durante largas décadas. Época de efervescencia, conmueve tanto los sistemas como las conciencias, y lo que ayer se sentía sólido y firme se resquebraja, cae por los suelos. Cambian los conceptos religiosos, políticos y morales, la sociedad es agitada y en ella se da la movilidad que encumbra a la burguesía, pero también incorpora como gran actor de la historia al pueblo, al proletariado. Nobleza y clero aparecen como contrarios, como obstáculos del progreso, y voces libertarias proclaman la libertad y la igualdad de todos los hombres y combaten esclavitud y explotación de los trabajadores.

A la Revolución suceden varios años en los cuales la acción de un hombre genial y ambicioso determina el curso de los acontecimientos. Napoleón Bonaparte transforma sistemas de gobierno, destroza añejas monarquías y crea otras nuevas. Establece instituciones que hasta hoy perduran, modifica sistemas legislativos y judiciales y asediado por el ansia de poder crea enorme pero efímero imperio.

España no escapa a esa conmoción. Después del brillante resurgimiento que va desde Fernando VI, pero principalmente con Carlos III, se reinicia la decadencia española con Carlos IV, decadencia que se aprecia aún en los retratos de familia del monarca pintados por el genio de Goya, y el mal gusto, y la mediocridad de los palacios de La Granja y El Retiro.

Dentro de ese ambiente, el joven Mariano Torrente realiza sus estudios que tiene que suspender al ocurrir la invasión napoleónica de España. Carlos IV abandona

el escenario en el que va a figurar después Fernando VII sostenido por el patriotismo del pueblo español, por sus virtudes seculares, no por lo que su persona valiera, sino porque representaba la soberanía, la unidad del país, el ansia de libertad. España luchó vigorosa y valientemente contra los invasores, contra las fuerzas superiores de Murat que acribillaron el dos de mayo a los patriotas, cuyo gesto postrero reflejó patéticamente el mismo Goya, el que había pintado la imbecilidad de la realeza.

Dieciséis años contaba Mariano cuando España fue invadida. La guerra le sorprendió dentro de Aragón y no sabemos si por conveniencia, por salvar la vida, accedió a servir en las fuerzas del vizconde de Arlincourt intendente de las fuerzas napoleónicas en Aragón. Poco duró en ese puesto y tal vez movido por el general sentimiento de independencia existente en el pueblo, abandonó a los invasores y pasó a ocupar un puesto en el ejército anglo-español que combatía a Bonaparte. Concluida la guerra logra colocarse en el servicio exterior y así lo encontramos como cónsul en Italia, en Civitavecchia. Poco tiempo duró ahí, pero el viaje le permitió conocer Suiza e Italia, advertir su diversa geografía y sus costumbres peculiares, leer obras generales en torno de varios países y entreverar elementos de geografía descriptiva con relatos reales e imaginarios de viajes, muy del tono de los libros de viajeros de principios del siglo XIX.

En la segunda década del mil ochocientos pasa a Inglaterra al servicio del duque de San Carlos, embajador de España en Londres y en Londres traba amistad con publicistas y políticos interesados en las colonias españolas, con hombres tanto de ideas avanzadas como conser-

vadoras. Inglaterra es por entonces magnífico observatorio del mundo americano y tanto pensadores políticos serios como Bentham, Du Pratt, y también muchos proyectistas especulaban en torno al futuro de las antiguas colonias españolas. Las obras de autores como Tocqueville, Burke y muchos más eran discutidas y su influencia se expandía, al igual que las sabias apreciaciones que Humboldt hizo en sus obras sobre sociedad y economía hispanoamericana. Conservadores y liberales asistían a diversos círculos y los especuladores que siempre aparecen en esas coyunturas, tejían sus invisibles redes en espera de obtener pingües beneficios.

Torrente vivía en Londres cuando a esa capital llegó el emperador de México, Agustín de Iturbide quien abandonó su frágil trono luego de la revuelta que dirigieron con el nombre de Plan de Casa Mata, Miguel Santa María y Antonio López de Santa Anna, el primero liberal radical y el segundo, también veracruzano, la espada demoledora, el *Deus est Macchina* de todos los mexicanos descontentos. Iturbide pudo ver en Europa cómo caían y se levantaban diferentes dinastías, como las monarquías, las repúblicas y las dictaduras se sucedían más por la fuerza de las armas que por el convencimiento ideológico. Pudo avisorar cómo se radicalizaban las ideas conservadoras y cómo la Santa Alianza, imperialismo reaccionario, actuaba contra los reductos liberales. Si él indica que la amenaza de reconquista de México por España apoyada por la Santa Alianza le movió a retornar a su patria para defenderla, no sabemos hasta que punto el empleo de la fuerza para torcer un designio libertario, también le haya impulsado, ani-

mado con las representaciones de algunos de sus antiguos partidarios en México.

Narra el autor de esta *Historia* que conoció a Iturbide cuando éste abandonó Liorna y fue a establecerse en Bath, ciudad distante 33 leguas de Londres. Ahí cultivó la amistad con Iturbide empleando la astucia, un inteligente sigilo y una gran facilidad de penetración, lo cual empleó para conocer a fondo su pensamiento e intenciones, lo cual comunicaba al embajador español en Londres a cuyo servicio estaba. Esta misma conducta empleó en el trato y amistad que entabló con Riva Agüero, con el que fue su ministro de la Guerra, con el ministro de Estado de San Martín, y con varios otros jefes de la insurrección de América, a quienes trató en Londres y en París.

Esta confesión que hace Torrente al final del capítulo en que reseña el final de la insurrección en Nueva España que cierra con la muerte de Iturbide en 1824, nos permite comprender cómo valiéndose de agilísimas artimañas, pudo obtener información precisa y amplia de los movimientos políticos y militares de la América española durante su gesta emancipadora. Su posición de agente al servicio de la monarquía española le permitió no sólo describir con acierto un prolongado proceso histórico, sino servir a la política metropolitana para contrarrestar y detener aquel proceso. Fue un espía, un asesor político cuyas recomendaciones no siempre fueron tomadas en cuenta como él nos dice, y el conocimiento íntimo de la situación reinante en cada una de las provincias americanas le permitió redactar el desarrollo histórico de ese proceso.

El trato y amistad con Iturbide lo tuvo en los años de 1823-24. En la parte final que consagra a México nos dice cómo aquél:

Sin dinero, sin armas, sin más acompañamiento que parte de su familia, un coronel polaco y dos eclesiásticos se hizo a la vela en Southampton a bordo de un buque inglés mercante el día 11 de mayo, entregado a la ciega fortuna, la que no siempre protege a los incautos y desprevenidos.

Llama a don Agustín tanto "iluso sedicioso" como "fantástico revolucionario" e indica que el designio del emperador era el de ejecutar una expedición rápida y victoriosa como la de Mina si encontraba los medios para ello y si no "entablar negociaciones con España para colocar en el trono de México a uno de los infantes españoles como se establecía en los Tratados de Córdoba, por los que se manifestaba sinceramente decidido".¹ Afirma Torrente que él apoyó este proyecto que no fue aceptado en ese momento por el rey, pero estima que en el mo-

¹ Mariano Torrente, *Historia de la Revolución Hispano-Americana*, 3 vs. Madrid, en la Imprenta de D. León Amarita, 1829. Maps. III-365. No cabe duda que Torrente conquistó la confianza de Iturbide, y que pudo conocer parte de los designios políticos de este último, mas no es posible creer que éste haya sido tan ingenuo para caer en los lazos que le tendían el embajador español en Londres y su enviado Torrente. Posiblemente éste trató de ganarse la amistad de varios de los jefes insurgentes un tanto decepcionados por la anarquía reinante en sus países para planear una vuelta a la dependencia, mas la conducta de San Martín, de Riva Agüero y de Iturbide no autoriza a creer en esa actitud. El mismo Torrente en la nota que acompaña a ese párrafo menciona como esa proposición ha sido desmentida y atacada por importantes personajes políticos. De toda suerte, siendo

mento en que escribe si sería posible, seis años después de los acontecimientos reseñados. Confiesa que la expedición de Barradas fue un intento fallido, pero que podría organizarse una mejor y entonces ésta se pasearía triunfante por aquellas tierras.

Dentro de la diplomacia secreta pasó Torrente varios años. Su trato con los revolucionarios americanos más prominentes, el conocimiento que adquirió tanto documentalmente como de viva voz del desarrollo de la emancipación, el haber estado metido dentro del maniobreo diplomático y estar por ello enterado del sesgo que se daba a la política española en América, su curiosidad por hombres y acontecimientos y su inclinación a expresar sus sentimientos a través de profusos escritos le llevó a redactar esta segunda amplia obra y a tenerla terminada a finales de 1828 e inicios de 1829 en que se inició su impresión.

Ésta era su segunda gran obra, la que siguió a su *Geografía Universal* publicada anteriormente la cual había iniciado su renombre. En efecto, el año de 1827 había

Iturbide uno de los personajes más relevantes en la emancipación, su personalidad origina en Torrente simpatía que no escatima y así en el volumen I-330 al describir una de las acciones militares de Iturbide deja de él interesante opinión: "El capitán don Agustín de Iturbide, ese genio ambicioso, ese fenómeno de la revolución, que elevado sucesivamente al cúmulo del poder, fué arrojado de él por la embriaguez que le causaron los vapores de la adulación; ese hombre atrevido y emprendedor que llegó a ocupar el primer rango entre los corifeos de América, dió en el Valle de Santiago el día 5 de junio [de 1812], una brillante prueba de aquellos sobresalientes talentos militares, que habrían ennoblecido el país que le había dado el ser, si los hubiera empleado siempre en servicio del Rey, con el mismo esmero y fidelidad con que lo hizo en los primeros años de su carrera."

publicado en Madrid en cuatro volúmenes su *Geografía Universal, física, política e histórica*, obra interesante muy de acuerdo con los dictados que la época imponía a esta clase de trabajos. En ella es de observarse un deseo de trascender sus propias fronteras y de asomarse a un mundo más vasto.

En el año de 1830, ya de vuelta en la península, fue nombrado intendente de Provincia, puesto que desempeñó satisfactoriamente, y tanto por su deseo de ampliar sus horizontes como por mejorar en la administración aceptó en 1834 el cargo de administrador general de las Rentas Marítimas en la Isla de Cuba. Seis años pasó en ultramar en donde observó detenidamente la situación económico-social de los bastiones del Imperio Español, en torno de los cuales hizo interesantes reflexiones que aprovechará en varios escritos. De su estancia en La Habana derivaron una *Biblioteca selecta de amena instrucción* que publicó al igual que el *Mapa de la Provincia de Venezuela, Reino de Santa Fé y Nueva España*, los cuales había incorporado en su *Historia de las Revoluciones*. Una tercera edición de la *Biblioteca Selecta de la amena instrucción* publicó en La Habana en 1836-37. También en la isla imprimió un *Proyecto de contribución con el cual puede Cuba hacer frente al pedido extraordinario de Guerra*, La Habana, Imp. de R. Oliva, 1838, 69 lh, mapa. También tenemos de esa época, la *Colección escogida de novedades científicas, cuadros históricos, artículos de costumbres...* La Habana, 1837-38 y una *Revista general de la economía política*, La Habana, 1835.

Como vemos, Torrente se ocupaba, como serio proyectista, en examinar la situación socio-económica de la Isla y proponer remedios para su mejoría. Era hombre fecundo que no dejaba descansar la pluma y que replicaba a sus contradictores cómo es la *Contestación al dique crítico*, Madrid, 1829, escrita con relación a su *Historia*.

Si bien los seis años pasados en las Antillas le interesaron y fueron fecundos, no perdía de vista la situación de la Metrópoli, así que al presentársele una coyuntura política favorable, volvió en 1840 a España en donde fue nominado diputado por su tierra natal, Barbastro. Un año después de su vuelta, en Madrid publicó su *Manifiesto dirigido a los electores de la Provincia de Huesca*, Madrid, Vda. de Jordán, 1841, 28 p.

Su experiencia política en España no debió haber sido muy satisfactoria, por lo que habiendo sentido la nostalgia de los palmares y cañaverales, decidió volver a La Habana en 1843, habiendo permanecido ahí hasta su muerte ocurrida el 28 de julio de 1856. Su ida a Cuba no le desarraigó por completo de España, sino que mantuvo con ella fuertes lazos de todo tipo, y en ella hizo imprimir algunos de sus escritos.

La esclavitud, tema tan debatido en la primera mitad del siglo XIX y aun años más tarde fue un punto que preocupó a Torrente. Ya en Madrid en 1841, había impreso la *Cuestión importante sobre la esclavitud*, Madrid, Imp. de la Viuda de Jordán e hijos, 1841, 94 p. Años después volvería sobre el tema con su *Memoria sobre la esclavitud en la Isla de Cuba*, Londres, 1853.

Radicado en La Habana, el examen de la situación general de la isla, le llevaría a disertar ampliamente en torno de ella. Frutos de ese interés es su *Bosquejo económico-político de la Isla de Cuba*... dedicado al Excmo. Sr. D. Pedro de Egaña. Madrid, Imp. de Manuel Pita, 1852, la *Política ultramarina... de España*, Madrid, 1854; la *Memoria sobre la cuestión de harinas*, Madrid, J. Martín Alegría, 1845, 48 p. y también el *Pensamiento económico-político sobre la Hacienda de España*, Madrid, 1854. De ese periodo es su *Memoria sobre la emigración africana en la Isla de Cuba*.

En torno del movimiento emancipador dejó también: *Reseña de las operaciones del teniente coronel J. José de Arizabalo Orobio en Costa Firme*, Madrid, Moreno, 1830, 565, 60 p.; una *Historia de la Revolución de Chile, 1810-1828* en donde recoge sus notas de la *Historia General* y que aparece en la *Colección de historiadores y de documentos relativos a la Independencia de Chile*.

De sus primeros años de escritor tenemos un texto escolar: *Juanito, libro de lectura recomendado a todas las escuelas del Reyno*, Madrid, 1839. En el ejemplar consultado en la Biblioteca Nacional de Madrid, se encuentra la anotación de uno de sus lectores o malque- rientes que dice: "los atonta".

En La Habana dirigió los periódicos: *El Conservador de ambos mundos* y la *Revista General de Economía Política*, en donde publicó numerosos artículos que sería importante reunir para completar la visión de este interesante publicista que a más de esas obras reunió y editó: *Trescientas sentencias árabes; Quinientas máxi-*

mas y pensamientos de los más célebres autores antiguos y modernos y Cincuenta pensamientos originales.

Como se ve, Torrente fue un hombre de amplia visión, activo y fecundo quien a pesar de combatir la emancipación de las colonias españolas, fue ganado por una de ellas a donde fue a morir.

Conocida brevemente su vida y su producción escrita, intentemos en seguida reflexionar sobre el mérito y valor de su *Historia de la Revolución Hispano-Americana* tan criticada como olvidada.

DESCRIPCIÓN DE LA OBRA

Durante los años de 1829 y 1830, publicó Mariano Torrente tres gruesos y bien impresos volúmenes de su *Historia de la Revolución Hispano-Americana*. Apareció en papel de magnífica calidad, con limpios caracteres, muy bien distribuido su texto acompañado de cuadros estadísticos y diversos mapas entre los que sobresalen el de parte de México y el de la región septentrional de América del Sur, a más de otros que representan las batallas más importantes ocurridas en México y en Perú principalmente, así como de preciosas viñetas.

La descripción bibliográfica completa de la obra es: Mariano Torrente, *Historia de la Revolución-Hispano-Americana* por D. . . . autor de la Geografía Universal, 3 vs., mapas, estadísticas, Madrid, en la Imprenta de León Amarita, 1829. El primer volumen lleva ese pie de imprenta en su portada anterior al *Prólogo* paginado en romanos del III al VIII. Frente a esta página se en-

cuentra el *Discurso preliminar*, foliado en arábigos del 1 al 116. Inmediatamente después aparece otra portada con el mismo autor y título y la indicación del tomo que cambia en los tres volúmenes. El pie de imprenta reza: Madrid, Imprenta de Moreno, Plaza del Cordón núm. 1, 1830. Los volúmenes segundo y tercero se indica fueron impresos también en la Imprenta de Moreno en 1830 pero en Plazuela de Afligidos núm. 1.

En el primer volumen entre la portada y el Prólogo se halla el "Mapa Histórico-Geográfico de la Nueva España, publicada por D. Mariano Torrente para ilustración de la Historia de la Revolución Hispano-Americana. Año de 1831". Este mapa plegado de 48 por 31 centímetros, es un mapa de poca veracidad orohidrográfica el cual ostenta al lado izquierdo una lista de diversos itinerarios entre ciudades mexicanas con la distancia en leguas. Esos itinerarios son: México-Veracruz; México-Acapulco; México-Valladolid y Colima; México-Durango; México-San Blas por Guadalajara; México-Guanajuato; México por Potosí a Zacatecas; México-Tampico; México-Oaxaca; México-Guatemala y los caminos transversales: De Puebla a Tlapa; de Puebla a Acatlán; de Guadalajara a Zapotlán; de Guadalajara a Autlán; de Guadalajara a San Sebastián; de Guadalajara a Teocaltiche.

El segundo volumen contiene otra carta de iguales dimensiones con el título "Mapa de las Provincias de Venezuela y del Reino de Santa Fe, publicado por D. Mariano Torrente año de 1831". También poco ajustado a la orohidrografía real, presenta del lado izquierdo un cuadro que dice: Camino interior de Sogamoso a la

HISTORIA

DE LA

Revolucion Hispano-Americana:

POR

D. Mariano Torrente,

AUTOR DE LA GEOGRAFÍA UNIVERSAL.

TOMO I.



Madrid:

Imprenta de Moreno, plazuela del Cordon núm. 1.

1830.

Señal denunciado como furtivo todo ejemplar que no lleve la siguiente rúbrica.



HISTORIA

DE LA

Revolucion Hispano-Americana:

POR

D. Mariano Torrente,

AUTOR DE LA GEOGRAFÍA UNIVERSAL.

TOMO II.



*Historia vero testis temporum,
lux veritatis, vita memoriæ, ma-
gistra vitæ, nuntia vetustatis,
que voce alia, nisi oratoris,
immortalitati commendatur!*

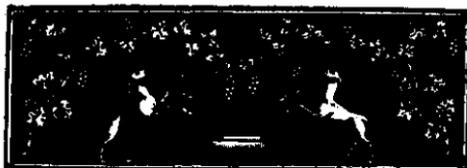
CIC. DE ORAT. LIB. II.

Madrid:

Imprenta de Morono, plazuela de Añigidos, núm. 1.

1830.

Será denunciado como furtivo todo ejemplar que no lleve la siguiente rúbrica.



Victoria, abierto por el General Morillo en 1817. Las distancias a los diversos lugares del trayecto se dan en leguas. Este mapa a diferencia del novohispano ostenta en los márgenes inferiores izquierdo, el nombre de "F. González, lo gravó" y en el derecho, "José Ma. Bonifaz lo escribió".

CONTENIDO DE LA OBRA

La obra tiene dos partes fundamentales. La primera está integrada por el *Prólogo* y el *Discurso preliminar* que aparecen en el primer volumen y el *Discurso final* y las *Advertencias generales* que se encuentran al fin del volumen tercero. La segunda parte la compone la relación histórica de la Revolución Hispanoamericana desde sus preliminares hasta el año de 1829. Divide esta relación metódicamente por Virreinos y Provincias, de tal suerte que la narración cronológica de los hechos se abre y cierra sucesivamente en los diferentes capítulos que van correspondiendo a virreinos y provincias. De los que se ocupa son: Buenos Aires, Perú, México, Nueva Granada, Quito, Caracas, Chile. Los acontecimientos de los países centroamericanos se relatan bien en México o en Nueva Granada.

La primera parte de esta obra representa la filosofía política e histórica de Torrente frente al movimiento emancipador. Ahí se encierra su pensamiento y actitud ante la emancipación americana la cual estudia tanto a través de sus hombres como de los acontecimientos. Tanto insurgentes como partidarios del Rey son analizados

y sus acciones descritas con el criterio específico de que hablaremos delante. Numerosos pasajes de la segunda parte contienen razonamientos que complementan la primera, los cuales sirven de entrelaces entre ambas.

Esta *Historia* es una historia de conjunto de la revolución emancipadora, una visión global de la lucha que se da en todas las posesiones españolas primero ideológico-política a finales del siglo XVIII y luego la bélica en las tres décadas iniciales decimonónicas. Si bien por razones de método, como ya indicamos, narra la emancipación provincia por provincia, su interés e intención fue la de proporcionar una visión de conjunto.

Es esta *Historia* de Torrente la primera obra en el tiempo que se ocupó de estudiar en amplia visión la revolución de independencia de las colonias hispano-americanas, la primera que intentó una reflexión total acerca de sus orígenes, desarrollo y consecuencias. En el caso de México será en años posteriores cuando aparezcan las obras clásicas del movimiento insurgente Alamán, Mora y Zavala, exceptuando naturalmente la de Fray Servando y la de Bustamante.

En su deseo de ofrecer un horizonte totalizador, Torrente presenta dentro del ordenamiento cronológico de que hemos hablado, la descripción de los acontecimientos en las diversas provincias de este continente. Toma como punto de partida el año de 1809 y termina en el de 1829. En el apartado correspondiente a 1809 se ocupa de Buenos Aires, Perú, Quito, Caracas y México y en la de los años subsecuentes trata de esas provincias e incorpora, Chile y Nueva Granada. De esta suerte sigue año por año el proceso emancipador hasta

su terminación. Este orden obedece a su interés lógico y justificado de mostrar el desarrollo general del movimiento libertario. La obra está pensada para ser leída y entendida en conjunto. La primera parte ya mencionada de reflexión filosófica-política, en sus dos porciones, tanto la inicial como la final, proporciona el sustento teórico de su obra y vale para todos los capítulos, no sólo para el referente a tal o cual provincia.

Desentendiéndose de este hecho, algunos publicistas como Rufino Blanco Fombona que dirigió la "Biblioteca Ayacucho", editada en Madrid por Editorial América, el año de 1918, desglosó los capítulos referentes a la independencia de México de la Historia general y los publicó como un volumen separado con el título de *Historia de la Independencia de México*. De esta suerte daba más amplitud a la nómina de las obras que editaba esa biblioteca, en su mayor parte referentes a América del Sur, pues allí estaban las correspondientes a Páez, O'Leary, García Camba, Miranda, el Dean Funes y otros. Solamente había incorporado a esa lista las *Memorias* de Fray Servando. Los editores en brevísima advertencia indicaban "se publicaba la Historia de Torrente aunque era un libelo, dado que se quería ser imparcial en la selección" y ofrecían que en volúmenes posteriores aparecerían desglosadas las historias de otros países.

La posición liberal de Blanco Fombona y sus coeditores no les permitió advertir que cercenada de esta suerte la Historia perdía su sentido. Esta actitud es semejante a la de muchos otros historiadores que despojaron a los escritos coloniales de sus barrocas digresiones

teológico-históricas que eran su tramazón lógica, la apoyatura ideológica que les daba aliento y valor, y dejaron una masa de datos históricos, de trozos selectos de carne *sin hueso y sin nervios que satisficieran el puro deseo de tener el dato objetivo*, la parte sustancial carente de significación, la narración escueta de los acontecimientos.

Es por ello, que hoy que existe el interés de reeditar el estudio de Torrente dentro de una serie que se ocupa de las ideas políticas, hemos creído indispensable que los capítulos relativos a la independencia mexicana, aparezcan dentro de su contexto total, integrados como parte de una reflexión, una de las primeras hechas en torno del movimiento emancipador hispano-americano. No podríamos analizar los capítulos relativos a México, con todas las aseveraciones que contiene, si no los relacionamos con la posición ideológica de Torrente, con sus peculiares puntos de vista. El estudio de los actores de la insurgencia y de los hechos militares y políticos de la misma no se podría explicar fuera de esa posición filosófico-política. Así estudiada, ya no aparecerá como "un libelo", *sino que tendrá que ser juzgada como obra contraria a la emancipación*, como fruto de la posición de un partido, de un gobierno, de una ideología y de una mentalidad adversa, pero que necesariamente tiene que ser tomada en cuenta al ocuparnos de esta parte de nuestro proceso histórico. El avisado lector de nuestros días ya no se conforma con saber que nosotros fuimos los vencedores en esa contienda, no adopta una posición maniquea y acepta que los perdedores fueron los malos, sino que exige conocer los argumentos de la disputa ideológica que se dio durante todo el proceso emanci-

pador, antes y después, disputa que es esencial cuando ella marca la ruptura de un sistema colonial mantenido durante tres siglos. Nuestra historia, incluso la precolumbina, presenta larga serie de disputas ideológicas que anteceden y acompañan todos nuestros grandes movimientos históricos. Conquista y dominación tuvieron una de excepcional trascendencia, como las guerras de Independencia, la de Reforma y la Revolución de 1910. Disensión y discusión preceden y acompañan los movimientos políticos, los hechos bélicos, los desajustes económicos, sociales y políticos. Por ello es necesario ahondar en el estudio de los movimientos ideológicos para comprender mejor acontecimientos políticos, militares y gestas de héroes cívicos.

Por esta razón, esta edición que patrocina nuestra Universidad Nacional, si bien presenta los acontecimientos de la insurgencia mexicana, se acompaña de las explicaciones preliminares. De la edición de Madrid de 1829-1830, hemos tomado esa parte seguida del texto de los puros acontecimientos que publicó Blanco Fombona en su "Biblioteca Ayacucho", haciendo las observaciones pertinentes de acuerdo con el texto de la primera edición. Ya encareceremos adelante el valor de una y otra parte.

LA HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN HISPANOAMERICANA

Señalamos anteriormente que esa obra en la que se estudia el origen, desarrollo y consumación de la independencia hispanoamericana, apareció al día siguiente de

la separación de sus antiguas pertenencias. Torrente, a fuer de dependiente fiel de la Corona, de pieza menor en la maquinaria administrativa emite su parecer. Hace la defensa de la administración colonial, elogia a los funcionarios civiles, militares y eclesiásticos leales a la monarquía, empeñados en dura lucha para mantener la lealtad al rey, examina sus medidas y valora su conducta. Enjuicia a los rebeldes a quienes califica de mil maneras sin caer en el insulto, en la ofensa. Emplea a menudo calificativos para ellos que parecen elogios, llamándolos "osados, intrépidos, bizarros, valerosos", términos que con otros más elogiosos aplica también a los realistas. En su larga disertación se ocupa preferentemente, de analizar lo ocurrido en América, de la conducta de sus autoridades y personajes principales dentro de la lucha, pero poco de la actuación de las autoridades españolas, de su política y pensamiento en torno de la insurgencia americana. No refiere la política seguida por la Corona y sus ministros ante la insurgencia; no nos proporciona elementos para saber cuál fue el impacto que la emancipación produjo en los órganos estatales, y también ante su largo desarrollo y desgraciado desenlace. Por lo que entre líneas vemos, parece ser que se creyó era una rebelión enojosa que se podía contener con el envío de numerosos contingentes militares, por lo que no se adoptaron medidas políticas excepcionales. Se tuvo la impresión de que era sólo una revuelta como otras tantas ocurridas en la propia península o en Africa y no el desmembramiento irremediable del Imperio.

En verdad, Torrente no pudo analizar la política española frente a la emancipación porque no la hubo.

Las circunstancias por las que atravesó la monarquía española en esos años, tanto internas como externas se lo impidieron. Por otra parte hubo una cegazón muy grande en los dirigentes políticos españoles que *no* se percataron de lo que ocurría en sus dependencias cuyo deseo de autonomía subestimaron. Sólo después de 1824, luego de Ayacucho, surgirá una reflexión revanquista, el deseo de reconquistar militarmente las colonias, reconquistas que se enfrentaron al patriotismo de las naciones americanas, México, Chile, Perú y también al destino que suele torcer los designios de los hombres.

Medidas aisladas y tardías, equívocos y torpezas es lo que encontramos reseñado en las páginas de la obra de que nos ocupamos y no una política consistente y firme adecuada a los problemas de la época. Escribieron los Profetas que cuando Dios quiere perder a hombres y naciones, pone una venda en sus ojos y paraliza su entendimiento. Ese hecho advertimos que ocurre en los quince años que dura la guerra emancipadora. Las escasas menciones que Torrente, hombre que se movía en los medios políticos, principalmente en los tortuosos de la diplomacia, nos proporciona, confirman el desconcierto, el pasmo, la impotencia de la monarquía para enfrentarse a un fenómeno que arrolló toda previsión posible. Con un monarca impotente, sin consejeros idóneos, sumido el país en cruenta guerra contra los franceses invasores, en medio de disputas internas y una eclosión de ideas nuevas que conturbaron a todo el país, la monarquía nada hizo para evitar la desintegración del Imperio. Años más tarde pensará en recuperarlo militarmente, que es también lo que piensa Torrente.

No propone otra medida que ésta que era errónea y tardía. Ni la Corona ni Torrente se dieron cuenta de que los tiempos habían cambiado y que existían imponderables diferentes que había que atender, situaciones universales que habían variado. No hay proposiciones nuevas, valientes, ajustadas a los tiempos. Torrente no ve más solución que la de las armas, él representa el pulso de la Corona y ese pulso había dejado de latir. Se vivía en un sopor que era el sopor de la muerte definitiva. Es por esa razón que no hallamos en el discurso histórico de Torrente ninguna proposición valiosa, oportuna, prudente que tratara de resolver el problema de la separación de las colonias.

REFLEXIÓN FILOSÓFICO-POLÍTICA DE TORRENTE

En la parte esencial de su Historia, Mariano Torrente nos entrega vasta serie de reflexiones que van desde las puramente historiográficas hasta aquellas que enjuician el movimiento emancipador, pasando por las que se refieren a la administración colonial con un análisis geopolítico del Imperio, una visión de la sociedad indiana, un análisis sucinto de las diferencias sociales, económicas y culturales de los grupos que la integraban, hasta la influencia de las diversas ideas que conmovieron al mundo hispanoamericano y a su metrópoli al finalizar el siglo dieciocho e iniciarse el decimonónico.

Subrayando las más salientes, pues el lector podrá seguir pacientemente su *Discurso Preliminar*, veamos algunas de ellas.

Acerca de la oportunidad de su *Historia*, de la proximidad que tiene su aparición con los sucesos que relata, estima que si se decidió a escribirla y publicarla fue porque ansiaba:

... presentar un cuadro bien tejido de la revolución americana, indicando sus causas, manifestando sus progresos y marcando los defectos, para que al factor de esta escrupulosa revista, se aclare la verdad de los hechos, se aumente la previsión, se fortalezca la virtud y la obediencia, se generalice la instrucción y se lleguen a descubrir los medios de evitar los escollos en que se ha estrellado una vez más la constancia española.³

Esto es, para narrar origen y desarrollo de la insurgencia y mediante su conocimiento se vuelva a la lealtad y se posibilite nuevamente la unión. Tanto en esta parte del *Prólogo* como en las páginas finales señala el peligro que existe de historiar a las revoluciones:

... tan distante de ellas que se haya perdido su memoria, ni tan cerca que falte al escritor la necesaria libertad. Atento a ese dilema optó por la primera solución, pues no quiso exponerse a la pérdida de testimonios que tenía a la mano y los que le brindaban militares y funcionarios públicos, a quienes la inconstante fortuna cansada de dispensarles sus caprichosos dones les obligó a abandonar las playas de América.

3 *Ibidem*, Prólogo, I-IV.

Al hacer esta afirmación, Torrente nos hace recordar el siglo xvi, o los años posteriores al descubrimiento y conquista de América, cuando varios de los más importantes capitanes esperaban en las antecámaras del monarca y del Consejo, se les premiara concediéndoles cuantas gracias y mercedes colmaban su ambición, premio que jamás se les otorgaría por lo que vivían desesperanzados y muchos en la miseria más absoluta. A principios del siglo xix, otra generación de funcionarios y militares revivían como aquéllos grandiosas hazañas, las cuales también exageraban, añorando las lejanas tierras en donde su valor y lealtad había sido puesto a prueba. Estos emigrados del mundo colonial servirían también para que sus testimonios dieran fuerza y veracidad a los relatos de modernos cronistas. Torrente conoció y trató a muchos hombres, personajes de historia y leyenda, de quienes obtuvo relación circunstanciada para redactar su obra. A más de los testimonios orales que de ellos obtuvo, pudo llegar a informes oficiales, partes de batalla, memoriales políticos que se fueron acumulando en los archivos españoles durante las dos décadas que duró la guerra. Tuvo acceso como afirma, a rica documentación, abrevó en los documentos que produjeron autoridades civiles y militares, conoció y utilizó los partes de guerra, las proclamas, las descripciones de batallas, las órdenes generales surgidas en el campo mismo de la lucha y también empleó la documentación oficial que se emitió desde los Despachos de los ministros de la Guerra, Marina y las Colonias. Pero si utilizó esa rica documentación, la cara de una moneda, también vio la otra, la que provenía de los insurgen-

tes y que fue recogida por las autoridades realistas. Mas no fue sólo el testimonio escrito el que utilizó, sino que escuchó inteligente y pacientemente el relato de los acontecimientos que le hicieron militares de todas categorías llegados de América, muchos de ellos exagerados, y no sólo del campo realista, sino también del insurgente. En su *Historia* nos dice cómo conoció y trató a varios de los dirigentes americanos más conspicuos, los que tuvieron una mayor actuación y un más alto relieve político. De continuo nos habla del conocimiento que trabó con Agustín de Iturbide, con José de San Martín, con el peruano Riva Agüero y con varios de los más altos funcionarios que les rodeaban. De esta suerte asimiló sus impresiones frescas, directas, conoció su visión política, su conducta militar, sus planes futuros. A varios, como a Iturbide lo siguió hasta el día de su muerte, a otros les trató más tiempo y de varios de ellos logró intuir el desánimo de su espíritu, la tristeza ante la discordia, deslealtad y anarquía que reinaba en sus países.

Pudo Torrente a base de tan ricos testimonios, de muy diversa procedencia, acumular riquísima información. Su decisión de que los testimonios no se perdieran con el tiempo y de utilizarlos de inmediato, fue positiva. Por ello su *Historia*, no tiene el aspecto de una obra redactada tardíamente, a base de documentos que había que analizar profundamente para ver si eran o no confiables. Su obra alienta frescura, proximidad, está ple-
tórica de vida recién narrada. Absorbió testimonios válidos, genuinos, de los propios actores de la contienda y los completó con los escritos oficiales que tuvo a la mano y que inteligentemente utilizó. Como los Cro-

nistas Mayores de las Indias, de los primeros años del descubrimiento, recibió de los sobrevivientes del movimiento emancipador la recitación de sus hechos, la descripción de la tierra y de los acontecimientos y los juicios favorables o no de los enemigos contra quienes luchaban. Éste es el valor de su obra. Él reconoce que su método fue certero pues “la mayor parte de los acontecimientos más interesantes los he oído y discutido con individuos de ambos partidos, y los he visto en obras y escritos de unos y otros, que es el modo más seguro de formar un juicio con todos los caracteres de verdad.”⁴

Confiesa que para la elaboración de su obra, “se dedicó a leer de ocho años a esta parte, todas las obras que han salido a luz en pro y en contra de dicha rebelión” y también que consultó las obras de Humboldt, del abate De Pradt, de Blanco White, del Dr. Funes, de Brackenridge, de Robertson y Ward, los manifiestos de Iturbide y de Riva Agüero y una porción considerable de publicaciones sueltas de los insurgentes, folletos, periódicos y otros documentos. “Igualmente indica tuvo presentes varios tratados publicados por los señores Cancelada, Urquinaona y Pardo, José Domingo Díaz, Juan Martín de Martiñena y otros más” relativos a Chile, Perú, Buenos Aires, Quito.⁵ En fin sus fuentes fueron amplias, diversas y de verdadero valor, y su manejo inteligente y razonable. Su estilo ágil y claro facilitó su lectura, prin-

⁴ *Ibidem*, I-V.

⁵ Vid la obra: José Guerra, *Historia de la Revolución de Nueva España, antiguamente Anahuac, o verdadero origen y causas de ella, con la relación de sus progresos hasta el presente año de 1813*, 2 vs. Edición facsimilar con un estudio y anexos preparados por Manuel Calvillo. México, Instituto Mexicano del Seguro Social, 1980.

cialmente, en el público español no en el hispanoamericano contrario a sus ideas y pretensiones.⁶ Ésta es la razón de por qué no se reeditó después de 1831 y hubo que esperar casi un siglo para que en una colección relativa a la emancipación apareciera un trozo de la misma, el correspondiente a México. Naturalmente la obra de Torrente no podía ser del agrado de los liberales nacionalistas del siglo XIX.

En los inicios de la *Historia* presenta el esquema que ha trazado y señala que la narración de los acontecimientos va precedida de "un discurso preliminar, trabajado con el posible esmero, para rectificar la opinión tan extraviada por los insurgentes y por sus partidarios europeos, únicos impuros canales por donde, puede decirse, han sido comunicados al Mundo antiguo los excesos de aquella terrible revolución". En este párrafo confiesa cómo su obra tiene una acción rectificatoria de los escritos insurgentes. Hay que recordar que para entonces había aparecido la obra de Fray Servando bajo el seudónimo de José Guerra, en la cual se excedió de excusar la conducta de Iturrigaray e hizo franco elogio de la emancipación. En Londres, Blanco White escribía también en torno de la insurgencia. Es contra la opinión manifestada por éstos y otros autores que escribe Torrente. En el mismo trozo completa el análisis del contenido de su *Discurso Preliminar* al decir:

⁶ Fincado en los ideales clásicos de la historiografía de su época en los que Boileau y Cicerón imperaban, Torrente en el volumen I, p. III-IV, justifica el mérito literario de su obra y subraya el valor intrínseco de la misma, la utilización de testimonios que estima verdaderos.

En dicho *Discurso* se presenta el estado del gobierno del Rey en aquellos países antes de la guerra, explicando las varias secciones civil, administrativa, judicial, militar y eclesiástica, sus productos y rentas, su importancia y los rasgos principales que caracterizan aquel hermoso continente, cuyo recobro podrá ser más ansiosamente apetecido cuando se generalicen los conocimientos de su feracidad y opulencia.

Así nos deja bien claro cuál es el contenido del *Discurso* el cual desarrolla en forma clara, precisa, ordenada, pues es su conocimiento cabal el que permitirá conocer a perfección el valor del imperio americano el cual debe recuperarse. Dar a conocer "la feracidad y opulencia del continente americano" representa la finalidad del *Discurso* y con ese deseo lo inicia, dividiéndolo en dos partes, la primera destinada a describir la geografía y los recursos naturales de las colonias y la organización política y administrativa que tenían. En esta parte incorpora diversos cuadros estadísticos sobre la economía de las colonias: presupuestos de egresos e ingresos, producción minera, esto es, todos los elementos constitutivos de la Real Hacienda, tanto de México como de Santa Fe, Buenos Aires, Chile y cuadros referentes a la organización administrativa. Todos ellos procedentes de documentación oficial que pudo consultar, representan una demostración de la organización económica de las diversas provincias y de su estado favorable.

La segunda parte del *Discurso* la constituye un estudio socio-político del Imperio español en las Indias. Si

la primera parte refleja bajo la autoridad de los números la bonancible situación económica reinante, la segunda en la que analiza a la sociedad hispanoamericana y la política española ahí desarrollada ya no es nada confiable. Si bien sus apreciaciones son totalmente subjetivas esa subjetividad surge tanto del desconocimiento de la sociedad que trata de pintar, desconocimiento que a veces es total, cuanto del empleo de lugares comunes en los descriptores de la sociedad americana, errores, falsedades, sentimiento de superioridad, discriminación de los indios y mestizos, concepciones caprichosas. El análisis que realiza en esta segunda parte a más de ser muy general es incorrecto pues igual se refiere a las clases sociales de Nueva España como a las de Nueva Granada, las de Buenos Aires o Perú, como estima que la situación de ellas fue la misma durante todo el periodo de dominación. Además, tiene el defecto de trasladar la opinión calumniosa de los europeos en torno a América. No escapa Torrente al sentimiento insidioso que acompañó a buena parte de las descripciones europeas desde el siglo xvi en torno al Nuevo Mundo.

Es sobre ese trasfondo mental que nuestro autor apoya sus reflexiones, deriva conclusiones y juzga el movimiento de rebeldía, la insurgencia americana. Él tiene como algunos realistas americanos, el caso del bibliógrafo Mariano Beristáin es muy claro, muy arraigada la idea de que fueron ideas extremistas de grupos radicales influidos por corrientes extrañas y perniciosas, las que motivaron la emancipación, la desobediencia a un monarca bondadoso que sólo deseaba hacer felices a sus súbditos. Piensa que la sociedad en su mayoría era leal

a los reyes y que esa lealtad permitiría el reencuentro. No comprendió que el inmenso y secular malestar que afligía a la sociedad americana provocó la ruptura y no la difusión de ideas liberales que espeluznaban a fuertes grupos.

En la descripción de la sociedad parte Torrente de la clásica y válida división de sus grupos existente hasta entonces y así señala que en orden a su cuantía e importancia eran los siguientes: los indios, las castas mezcladas, los hispanoamericanos, los negros y los europeos. Adviértase cómo a los criollos los denomina "hispano-americanos", mas lo que interesa es la concepción de esos grupos. A los indios los califica como flojos, y estima que se caracterizan por la obediencia al gobierno español, el respeto a sus leyes y una veneración casi idólatra al nombre del soberano legítimo. "Agrega que ellos tienen una semiadoración al trono español". Explica que si no hubiera sido por falsas excitaciones de entusiasmo patrio, no hubiesen participado en las guerras insurgentes y que su lealtad será difícil que desaparezca pese a la guerra civil. Adelante trayendo a colación la opinión de Humboldt, de Brackenridge cita la condición favorable del indio dentro de la sociedad hispanoamericana. Las castas, son más importantes aunque menos numerosas que los indios, principalmente en México y Colombia en donde las dirigen los criollos. Asegura que durante el dominio español eran sumisos y obedientes, pero bajo los nuevos regímenes surgidos de la revolución están entregados al desorden, al saqueo y la destrucción. También afirma, lo que fue

verdad, que muchas castas sirvieron con entusiasmo en los ejércitos realistas y no en los independentistas.

Los criollos, americanos-españoles como escribe Torrente, "forman la parte más influyente de la población a causa de su mayor riqueza y astucia, de su carácter más atrevido y emprendedor, y de sus conexiones políticas y comerciales con el mundo antiguo". Después de indicar que los criollos descienden de las hijas del país y de los españoles dotados de mayor sobriedad, templanza, economía y constancia de afecto que los hijos del país, "se extraña de que éstos, contaminados por especiosos argumentos de la filosofía moderna" rechazan su ascendencia paterna y en sus proclamas y escritos declamatorios se identifican con los indios y se separan totalmente de la cuna de su existencia y más aún "a decretar su muerte en pago de los trabajos que han sufrido para educarlos y de las riquezas que han acumulado para que algunos de estos hijos pródigos las disipen en la carrera de los vicios". Estas expresiones nos llevan a afirmar que Torrente no pudo comprender la mentalidad insurgente y los hondos orígenes del nacionalismo mexicano.

Advierte por otra parte que el exceso nacionalista de los criollos se da por todas partes, lo mismo en México que en Perú y Buenos Aires, y sin poder comprender que la guerra insurgente estaba impregnada de odio hacia el dominador, de fuerte aversión hacia todo lo que hiciera recordar la sujeción secular a España, sus instituciones, leyes, formas de vida, todo lo cual representaba el "antiguo régimen" que se intentaba destruir para edificar uno nuevo, libre y diferente, escribe un interesante párrafo que describe el rechazo al pasado y ha-

cia todo lo que representaba, el cual es bastante ejemplificador porque en él Torrente para condenar esa actitud ingrata, pone de relieve cuánto América debe a la colonización española. El trozo en cuestión dice:

Ha sido tan fuerte el empeño de los jefes independientes en persuadir al pueblo de que nada tiene de común con los españoles, llamados por ellos sus opresores, que han hecho aprender a los niños canciones alusivas a este absurdo principio; ¿Pero qué pueden tan débiles aserciones cuando la religión la lengua, los nombres de las familias, los establecimientos científicos, los templos, los edificios y cuantos objetos se presentan a la vista, todo, todo indica que es procedencia de España, creado o introducido en el país por sus padres o abuelos, fomentado por su industria y perfeccionado por la protección de la Corona de Castilla, que vio despoblarse sus dominios continentales y decaer su industria por llevar a la ingrata América la antorcha del Evangelio, la ilustración, las artes, los genios, las escuadras, las leyes, el gobierno, el orden y la felicidad?

Parangonando el proceso colonizador de España con el de otras naciones, trae a colación la opinión de Juan Botero quien en su obra *Razón de Estado* publicada en Roma en 1580, señala el porqué de las diferencias en el sistema colonizador. Del cotejo de su opinión deduce que el sistema español fue más positivo, humano y benéfico que los demás y apoyándose en la legislación es-

pañola cita numerosas disposiciones bienhechoras referentes a sus dependencias ultramarinas.

En su enumeración y análisis étnico de la sociedad americana, al hablarnos de los negros señala que ellos son escasos en México, no así en Venezuela, Perú y Nueva Granada. De ellos opina que son una "clase tan feroz por naturaleza como sumisa y fiel en el estado de dependencia", la cual, "ha perdido todo respeto a los blancos desde que impolíticamente se la declaró libre, y se la confiaron las armas que debieran servir para mantenerla en la necesaria obediencia". En este trozo Torrente desliza la opinión racista y propicia a la servidumbre que tenía en estos años.

Interesante observación de Torrente es la relativa a los grupos de indios o mestizos que habitaban en el Norte de la Nueva España, en los llanos de Venezuela y en la Pampa argentina. Asegura que su carácter ha sido siempre inquieto y que la guerra es su elemento. Percibe cómo esos grupos, que adoptaron el caballo traído por los conquistadores, han hecho de él un instrumento eficaz para mantener su libertad e independencia con el cual compiten contra quien les quiera sujetar. La cultura ecuestre de esos grupos, el que ellos se sirvieran del caballo y también de las armas de fuego, los tornaba independientes, esforzados y belicosos, característica de los pueblos pastores. Cree que ellos serán los últimos en someterse y que sólo introduciendo labradores en sus tierras se les podrá humanizar. Bien intuyó Torrente la naturaleza de esos grupos que con posterioridad a la Independencia de los países en los que estaban establecidos, crearon numerosos problemas a los gobiernos

respectivos, quienes tuvieron que utilizar la fuerza para someterlos como fue el caso de Argentina en la época del general Roca.

Finalmente al hablar de los españoles peninsulares que no eran más de 300 000 en toda América al iniciarse la revolución emancipadora, y en cuyas manos estaba el capital activo del país, los primeros puestos eclesiásticos, civiles y militares, indica que ellos no pudieron evitar la independencia, porque fueron desbordados por los otros grupos encabezados por los criollos. Al llegar a esta parte de su disertación, Torrente utiliza la opinión de numerosos autores favorables al sistema colonial y ya en vísperas de la emancipación, la *Representación del Consulado de México* ferozmente antiamericana y las afirmaciones de la *Revista de Edimburgo*, y de la *Gaceta Mercantil de Buenos Aires*. A base de ellas establece una secuencia de comparaciones entre el estado de las colonias antes de su insurrección y el desastroso y anárquico en que vivían después de ella. Esas comparaciones le sirven también para señalar las ventajas anteriores y el estado desgraciado en que se vivía después de su independencia. Así escribe: “¿Dónde está la opulencia americana? ¿Dónde la fuerza y prosperidad tan consentidas y anunciadas enfáticamente a esos pueblos luego que hubieron sacudido la dependencia española?... ¿Cuáles han sido sus progresos? El abatimiento y la miseria general”. Explica que la revolución aportó a esos países enorme decadencia, que su situación económica es desesperada y que sus dirigentes no realizaban una sana política para remediar la situación, antes bien cometían toda suerte de torpezas que llevaban a

la ruina. Cita al tratar este aspecto, el hecho de que todos nuestros países tuvieron que acudir a los empréstitos para salvar su situación, pero que esos empréstitos no habían servido “sino para enriquecer a los especuladores y mandatarios, y el de comprometer a las naciones que tan neciamente han fiado sus caudales para sostener el vicio y la inmoralidad”. En esta parte proporciona un ejemplo que podría situarse en nuestros días, al mencionar cómo don Miguel Cavaleri, uno de los próceres republicanos, señalaba en los altos medios políticos y económicos de Londres que “él no estaría contento ni tendría confianza en la estabilidad de lo que decía ser en gran parte obra de sus manos, si no conseguía que Méjico llegase a deber de 200 a 300 millones de duros a la Europa”; y añadiendo. “que éste y no otro era el medio de que sin ningún trabajo ni riesgo pudiesen ellos disfrutar tranquilamente de los ópimos frutos que se prometían sacar de su independencia”. Parece ser que esta opinión de Cavaleri, ejemplo de prepotencia e irresponsabilidad ha servido a nuestros funcionarios encargados del gobierno y de la hacienda pública, para contratar desde hace algunos años, onerosos préstamos que ahogan a los mexicanos. Muchos ejemplos más de errores republicanos señala Torrente como causas de la crisis económica, del malestar e inestabilidad que privaba en el continente americano a raíz de su independencia.

Y dentro del análisis social que realiza, se ocupa de precisar qué elementos fueron los que dirigieron la rebelión, los autores intelectuales y materiales de la misma. Acerca de este tema Torrente se expresa y nos deja

entender su mentalidad, opuesta a toda innovación y defensora del sistema colonial en sus aspectos más negativos.

Así escribe:

Dos fueron señaladamente las clases que comunicaron a la infeliz América esos tenebrosos rayos de luz acompañados por todos los incentivos que podían halagar la ambición de unos, las pasiones de otros, e introducir la aberración de ideas en cuantos no viesan en los diques de la religión y de las leyes el saludable freno del genio del mal.

La primera fue la de los doctores en leyes o abogados, quienes en retribución a los mayores beneficios de que eran deudores a la paternal solicitud del Monarca español, por haberles proporcionado universidades y maestros para seguir la noble carrera de la toga, fueron los primeros en sellar su negra ingratitud maquinando los planes de subversión y juntas populares, redactando constituciones, manejando los actos legislativos y judiciales y convirtiendo en daño de su propio país las luces y conocimientos que se les habían comunicado, para afianzar la justicia, dirigir el pueblo por el camino de la obediencia y subordinación, consolidar el orden y fomentar la prosperidad pública.

La segunda clase que tomó a su cargo los riesgos de la empresa y la ejecución de los planes y proyectos forjados por los letrados, la constituyeron principalmente los jóvenes díscolos y bulliciosos, que alucinados por los venenosos ejemplos que les

ofrecía la revolución francesa y encantados con la lisonjera perspectiva de apoderarse de los empleos de los españoles y hasta de las riquezas adquiridas por éstos con su activa industria y perseverante sobriedad, entraron gustosos en las conspiraciones catilinarías en las que se proponían, a imitación de aquel despechado republicano, levantar sus arruinadas casas sobre las rapiñas en la Real Hacienda, y reunir además en sus manos la riqueza de los pacíficos habitantes para dar rienda suelta a sus vicios y desórdenes.

En estos párrafos advertimos cómo nuestro autor estuvo bien enterado de la situación socio-política en vísperas de la independencia. Menciona a la clase media letrada, la formada en universidades y colegios, receptora de nuevas ideas y la cual trató a través del manejo de las normas jurídicas de encauzar la autonomía de las colonias. Cita, cómo la Revolución Francesa aportó elementos importantes en la formación del deseo libertario y cómo núcleos importantes de criollos establecidos en las diversas provincias fueron los promotores del movimiento. Los epítetos que aplica a los simpatizantes del mismo, resultan explicables en quien enjuicia la acción separatista. Torrente percibe cómo surge en los criollos el sentimiento nacionalista que reprueba y juzga como rechazo ingrato a los beneficios de la colonización. En este aspecto no puede menos que explicar y juzgar la emancipación desde el punto de vista del perdedor.

Acierta en señalar que los criollos a quienes llama "demagogos ilustrados" dirigieron el movimiento al cual incorporaron a nutridos elementos de los otros grupos:

... porque necesitaban hombres esforzados, hombres decididos y aun feroces que sembrasen el terror y espanto por el país: con esta mira armaron el brazo de aquellos negros, zambos, mestizos y demás castas que por su arrojo y barbarie eran temidos y respetados en sus respectivas asociaciones, y los comprometieron confiándoles el mando de partidas, que sucesivamente fueron engrosándose hasta formar divisiones, capaces de imponerse a los mismos directores que habían puesto en acción una fuerza tan peligrosa.

Después de este párrafo se pregunta si el predominio y fuerza de esos grupos podría poner en peligro la estabilidad de esos países. Estima que sí, que los criollos podrían peligrar y que entonces no tendrían otro recurso que volver a la dependencia benéfica de España, pues si no serían víctimas de ese azote que sobre ellos se erguía. Y como ejemplo de ello menciona la rebelión surgida en México bajo la dirección de Guerrero y Zavala, la llamada revuelta de la Acordada que tanto daño causó a la capital. De ella escribe curioso párrafo en el que a base de los exagerados informes que había recibido hace las siguientes observaciones:

México ha principiado ya a sufrir los efectos de mi predicción. El mulato Guerrero con sus hordas fo-

ragidas va a entronizar un despotismo tan duro como fue el del negro Enrique en Santo Domingo. Ya la capital ha sufrido recientemente un horroso saqueo, en el que 500 familias de las más opulentas han quedado reducidas a la mendicidad. Ya ha comenzado en aquel desgraciado país la guerra civil de la gente de color reforzada por toda la pille-
ría y hez de las poblaciones contra los criollos, autores de esa misma revolución, de la que, no me cansaré de decirlo, han de ser finalmente sus víctimas expiatorias.

La observación de Torrente no es del todo desacertada. Percibió en lo hondo de las sociedades americanas fuerte desajuste social. Si para el caso de Nueva Granada, Venezuela incluso, la participación de batallones pardos dio al movimiento emancipador un cariz especial, esa observación no podía ser aplicada a la Nueva España. Cierto es que en determinados momentos, grupos importantes de gente de color fueron azuzados contra los criollos. Morelos advirtió el peligro de ese enfrentamiento racista y tuvo que cortar drásticamente ese hecho que dirigían David y Tabares en las costas de Oaxaca y Guerrero. Algunos jefes insurgentes manejaron gruesos contingentes de gente de color. Entre las tropas de Guerrero y de Álvarez abundaron y su presencia provocó terror en la sociedad criolla, mas nunca su fuerza actuó en las decisiones militares ni políticas y sus reclamos fueron por el mal trato que se les daba y no por problemas raciales.

En este aspecto la observación de Torrente es correcta, máxime que ella abarca la situación de varios países no sólo de México. Amplio razonamiento aplica al Perú y la rebelión de Tupac Amaru, a la situación neogranadina, a la de Chile y Buenos Aires. Si bien cree en un enfrentamiento racial, en rebeliones de negros o de indios, no percibe que por abajo de esas diferencias latía hondo descontento social que venía de muy atrás, originado por la explotación de esos grupos por la injusticia continua ejercida contra ellos, por la disparidad de la riqueza, males que toda colonización y sujeción provoca. Lo que agitaba a la América emancipada era la desigualdad social, la pésima situación en que vivían millones y millones de seres, quienes vieron en el movimiento emancipador una esperanza de mejoría, de liberación de su penosa situación. Al cumplirse tan sólo la emancipación política y no la transformación social que tanto ansiaba, esas clases continuarían agitándose, deseando que su situación cambiara. Si no todos los grupos resolvieron sus necesidades tan apremiantes, sí algunos. Los mestizos encontraron mayor movilidad y desplazaron poco a poco del poder a los criollos. La agitada historia mexicana de la primera mitad del siglo diecinueve, no es otra cosa que una lucha de grupos mestizos por el poder, por vivir mejores condiciones, por destruir de una vez por todas el predominio de las clases poderosas y que aún sojuzgaban a masas numerosas de indígenas y de mestizos. Que detentaban la propiedad territorial y estaban apoderados de la economía y del poder político.

Crejó Torrente al observar la anarquía reinante en las nuevas repúblicas, que ella se originaba en la falta del poder estabilizador del monarca y en la inexperiencia y ambiciones personales de los nuevos gobernantes. La emancipación había representado para los núcleos populares una esperanza de cambio radical. Al frustrarse ese cambio, pues sólo se consiguió la autonomía política, todas sus aspiraciones quedaron latentes. Si bien fuertes núcleos de mestizos preparados y decididos obtuvieron poder político, estos grupos aliados con las clases económicamente fuertes olvidaron resolver los males de la mayoría. La rivalidad de las logias masónicas, las luchas entre grupos de federales y centralistas sirvieron para acelerar la movilidad social, pero no resolvieron los hondos males de la sociedad mexicana. Las continuas rebeliones de indígenas que reclamaban tierra y libertad, y que muchas veces se convirtieron en auténticas guerras de castas, surgieron por la cruel explotación y el despojo hecho a diversos grupos.

Torrente realiza una crítica a la sociedad mexicana por las fallas que mostraba, pero olvidaba que muchas de ellas eran producto de males seculares.

Para convencer a las nuevas naciones de la conveniencia de volver a la dependencia del monarca español, al final de su *Estudio Preliminar* presenta una serie de cuadros económicos que mostraban la buena situación de las dependencias leales: Cuba, Puerto Rico, Filipinas, posesiones que contrastaban con la pésima situación hacendaria de las naciones emancipadas. Las cifras que Torrente manejó no revelaban aún las dificultades económicas que varias de esas colonias atrave-

sarían al no recibir los situados procedentes de Nueva España, lo cual provocaría graves crisis en su economía. Al final de esos cuadros presenta una lista de las nuevas divisiones políticas en los países ya liberados.

El *Discurso final*, que como indiqué forma parte del discurso ideológico-político de Torrente, en el que expone su teoría en torno de la emancipación, es el justo epílogo de su obra. En él, subraya sus principales apreciaciones sobre la emancipación que estima más negativa que benéfica. Pudo Torrente gracias a la observación y al análisis cuidadoso del desarrollo histórico de las nuevas repúblicas durante casi una década, trazar un panorama que mucho tenía de verdadero. De lejos tuvo un mirador desde el cual los acontecimientos americanos se veían en más amplia perspectiva, desde un punto de observación más eficaz y justo. El panorama que la América ofrecía diez años después de haberse consumado la independencia —anárquico, entristecedor, negativo— resultaba semejante al que ofrecía la Metrópoli con sus idas y vueltas del absolutismo al sistema liberal y constitucional. En ocasiones Torrente menciona tangencialmente esa situación, pero la soslaya, pues su propósito era revelar los males provocados por la separación de las colonias, movilizar las conciencias y las voluntades y posibilitar la vuelta de los hijos pródigos al hogar paterno. El último párrafo del Discurso final muestra claramente el objetivo propuesto al escribir su historia, veámoslo:

Si llega un día venturoso en que sean oídos nuestros ruegos a favor de la España y de la misma Amé-

rica; si nuestros trabajos literarios logran contribuir a la importante resolución de pacificar los dominios hispano americanos; si obtenemos por resultado de nuestros officiosos esfuerzos la corrección de los defectos que más han influido en aquellas desgracias y la práctica de las virtudes que más eficaz y prontamente pueden remediarlas hasta el punto de que llegue a borrarse totalmente la memoria de ellas, si finalmente nuestra historia produce los felices efectos que nos ha dictado nuestro amor al mejor de los Soberanos, y nuestro celo por el bien de la España y de la humanidad, quedará plenamente satisfecha nuestra noble ambición, y superabundantemente recompensadas nuestras pasadas tareas y no interrumpidos desvelos.

LA REBELIÓN HISPANOAMERICANA

El *Discurso Preliminar* y el *Discurso Final*, contentivos del pensamiento filosófico-político de Torrente, encuadra la narración de los acontecimientos que desde antes de 1809 originaron el movimiento emancipador y lo llevaron hasta su consumación de 1821 a 1829 en las diversas provincias hispanoamericanas. Esta narración que se presenta en secuencia cronológica pero tratada provincia por provincia: Buenos Aires, Nueva Granada, Perú, Quito, Chile, México, se apoya en testimonios inmediatos, tanto surgidos de la parte realista como de la insurgente. Su desarrollo es claro, ágil, interesante. Atrae al lector y da la impresión de objetividad, pues

describe las situaciones que ocurrían sin acritud, sin apasionamiento, sin abusar de los epítetos. Sin embargo, pronto se puede advertir de qué lado corren sus simpatías. Si las acciones de los americanos se describen con brevedad, disminuyendo su mérito, la bravura y acierto empleada en ellas, cuando describe las del lado realista las exagera, alaba, glorifica, callando sus desaciertos, derrotas y decisiones políticas y militares. Exagera la bravura y heroicidad de soldados y capitanes españoles a quienes aplica elogiosos calificativos. Algunos de éstos tocan también a jefes insurgentes, a quienes también llama protervos, heréticos, desleales. Como pudo tratar a numerosos oficiales realistas quienes de viva voz le describieron sus hazañas, adopta el entusiasmo real o fingido que éstos tuvieron al narrarle sus acciones. A algunos de ellos los heroifica, como es el caso de los que lucharon en las regiones más australes de América defendiendo palmo por palmo su territorio. De la Nueva España traza un buen cuadro de la labor de Calleja como militar, pero oculta los rasgos de crueldad que afean su conducta militar.

Bien informada y construida, esta parte de su historia no informa más ni menos de lo que informan las clásicas narraciones de Bustamante y de Alamán. Está hecha para servir a los lectores europeos, mostrándoles los beneficios de la acción colonizadora, los orígenes del movimiento emancipador y desarrollo de la guerra, los malos resultados de la misma y exhortando a volver a la dependencia de España. La obra de Torrente, ímproba y digna de mejor causa, es una obra de las más tempranas en torno de la emancipación hispanoamericana.

na; bien informada hace en ella la defensa del sistema colonial e incita a una vuelta al mismo para solucionar los problemas por los que atravesaban las colonias emancipadas. Si bien piensa Torrente que la acción militar era necesaria para someter a los países recién emancipados, estima que la reflexión debería imponerse para conseguir esa vuelta que a todos beneficiaría. Torrente, desde las Antillas, advertirá con los años que la emancipación era irreversible y que las últimas posesiones de España al otro lado del océano en las Antillas y Filipinas, marchaban también en el sendero de su futura emancipación. A más de ciento cincuenta años de la aparición de esta *Historia*, la descripción de los acontecimientos que narra atrae e interesa; la pintura de los personajes resulta fresca y viva y la opinión de este autor, y esto es lo decepcionante, es semejante a la que muchos historiadores españoles actuales tienen respecto a las naciones hispanoamericanas, a su historia y vida independiente. Todo ello hace atractiva y justifica la publicación de la *Historia de la Revolución Hispano-Americana* de don Mariano Torrente.

[*El Olivar, en serenos días decembrinos de 1987.*]